

Cuando la escuela abraza

Reflexiones en torno a una experiencia significativa

Colectivo de la Escuela N°178 de Unidad Casavalle

escuela178martin@gmail.com

Resumen: En el presente trabajo se describe el abordaje de una situación extrema de maltrato infantil intervenida y denunciada por el colectivo docente de la Escuela 178 . A su vez, analizamos cuál es la forma en que concebimos a la institución escolar, al cuidado, a la pedagogía y a las y los docentes ya que ese es el marco teórico que posibilita nuestra praxis diaria, y es en el cual nos paramos para transitar todas las situaciones y experiencias que atravesamos. Lo situacional no es más que el escenario en el que nos movemos a partir de concepciones/acuerdos macro. Hay una línea, que es histórica y colectiva, que de algún modo hace que una escuela trabaje en distintos niveles al unísono. Nos cuestionamos el statu quo otorgado a cada trabajo, a cada profesión, para poner sobre la mesa el valor de lo ético y el valor de lo público estatal para distintas instituciones y para distintas personas.

Palabras clave: educación, derechos, cuidados, colectivos docentes

Tal vez reivindicar la experiencia sea también reivindicar un modo de estar en el mundo, un modo de habitar el mundo, un modo de habitar, también, esos espacios y esos tiempos cada vez más hostiles que llamamos espacios y tiempos educativos. Unos espacios que podemos habitar como expertos, como especialistas, como profesionales, como críticos. Pero que, sin duda, habitamos también como sujetos de experiencia. Abiertos, vulnerables, sensibles, temblorosos, de carne y hueso. Unos espacios en los que, a veces, sucede lo otro, lo imprevisto. Unos espacios en los que a veces vacilan nuestras palabras, nuestros saberes, nuestras técnicas, nuestros poderes, nuestras ideas, nuestras intenciones. Como en la vida misma.

Jorge Larrosa

El presente trabajo intenta poner en juego algunos saberes y conceptos que circulan en las escuelas pero son poco nombrados y sistematizados. Creemos que es la oportunidad de contar una experiencia que, desde el dolor, nos ha habilitando un pienso compartido que entendemos debe ser socializado.

Intentamos, entonces, recuperar un relato que hace a nuestra historia como colectivo y nos permitió, en su momento, desplegar varias estrategias y re diseñarlas en base a constantes emergentes. Quizás la mayor riqueza, además de nuestro norte que era la protección a la infancia, fue la praxis generada en torno a lo vivido.

Lo personal es político

Era viernes previo a vacaciones y se respiraba el entusiasmo generado por la idea del descanso. Sin embargo, dos hermanas y su hermano llegaron a la escuela como pudieron y con temor de tener que pasar toda la semana siguiente en su hogar. Hacía días observábamos indicios de que en ese hogar se vivían situaciones de maltrato sin lograr obtener demasiada información, hasta el día anterior, en que la hermana mayor puso en palabras la situación que sufrían en su casa. Fue en una charla personal con una de sus maestras y una profesora de la escuela. Ese viernes llegaron con marcas físicas de los golpes que se habían acentuado. Entendimos que no les podíamos hacer esperar más, que no podían pasar sus vacaciones en esa casa.

Habían llegado a la escuela en el verano, durante las actividades del Programa Verano Educativo y una vecina había advertido que parecía ser una situación compleja, así que se insistió en que cursaran el año lectivo en la escuela para hacer un seguimiento del caso. Desde el comienzo de clases había síntomas llamativos, sobre todo en el hermano del medio, pero lo atribuimos a que el año anterior habían perdido a su madre y a su abuela, lo cual hizo que se mudaran a un nuevo barrio y quedaran a cargo de familiares no muy conocidos.

Con el correr del tiempo los síntomas se iban agravando y nuestras sospechas eran mayores, pero nuestra inexperiencia y el encuadre desde el equipo director nos hizo acordar que lo acertado era esperar al momento adecuado para poder actuar con una red de sostén institucional. Sin embargo, el día que la hermana mayor puso en palabras la violencia que recibían supimos que teníamos que accionar de inmediato. Teníamos claro que, sin decirlo explícitamente, su narración había sido un pedido de ayuda ante una situación extrema donde se vulneraban Derechos y se atacaba la integridad de dos niñas y un niño. La escuela tenía que enseñar, también, que la palabra de ellas y ellos es escuchada y portadora de valor, y que la infancia se protege.

Entonces acudimos a la red de instituciones barriales, leímos y escuchamos protocolos, llamamos a líneas de distintos tipos y colores. No había pasos claros ni caminos ciertos, nadie supo explicarnos exactamente qué hacer, así que confiamos en nuestro sentido común para actuar. El viernes, cuando llegaron a la escuela en un estado visiblemente peor que el día anterior se llamó

a la emergencia: “esto no me corresponde a mí” dijo la médica de la emergencia al ver la situación, pero ante la insistencia la doctora accedió. La mayor volvió a contar, volvió a decir y a ponerle palabras al dolor y al horror.

Ese día lo formal y lo humano le pusieron el cuerpo a la situación. Fuimos testigos de cómo cuatro instituciones no sabían cómo proceder ante una situación que es “el pan de cada día”. Las cosas se traspapelaban, los protocolos no se ejecutaban, otros esperaban en sus despachos que ocurrieran cosas que no ocurrían para hacer lo que les corresponde. Cuando nos dimos cuenta del vacío, de la omisión, de que algunas cosas no estaban pasando como debieran el miedo nos estremeció y se transformó en fuerza colectiva. Enojadas y conmovidas, nos mostramos firmes y seguras de lo que teníamos que hacer y cuál era nuestro deber. Por suerte no estuvimos solas y hubo médicas que se plantaron, enfermeros que acariciaron, maestras que llevaron adelante una escuela mientras la directora atendía la situación y policías simpáticos que saludaron ayudando a aflojar tensiones.

Así estuvimos: aguantando la toma, haciendo llamadas para todos lados, tratando de tapan agujeros y tender redes. También distendiendo, inventando todo tipo de juegos, dibujando con muchos colores, contando cuentos y abrazando fuerte. Pasaron las horas y recién a las 23:45 dimos fin a nuestra jornada y nos desprendimos la túnica. Hablamos en plural porque por suerte, hubo un colectivo docente que se puso al hombro esto, de otra forma no hubiese sido posible.

Durante casi un mes permanecieron internados, no porque hubiese problemas de salud, sino porque no había un lugar donde pudieran vivir. Seguimos de cerca el caso, acudimos a distintas instituciones, nos reunimos con distintas autoridades y sostuvimos la cercanía con las niñas y el niño: les visitamos, les contuvimos y les escuchamos. Luego del hospital vino un hogar en el cual el trato era tal que nos cuestionamos si habíamos hecho bien con nuestra acción. Entonces les sacábamos a pasear, les visitábamos, les decíamos que seguíamos estando presentes y que podían seguir confiando en nosotras. También hay que contar la otra parte, la de un funcionario estatal que cedió un auto con su conductor para que todas las mañanas fuesen llevados y traídos a la escuela acompañados de una maestra, y así no tuviesen que cortar el vínculo con las adultas de referencia.

Hasta que llegó un hogar, un hogar al cual pudieron sentir suyo. Adultos y adultas que les miraban, que les atendían y les cuidaban. Ese fue el momento en el que pudimos confiar en otros, en el que nos alejamos sabiendo que estaban bien, y que tenían la confianza para decir lo que fuese necesario.

Cuidar a la infancia

Proteger a la infancia es una postura ética del cuidado de otras y otros que dependen de nosotras, de todos y todas. Como maestras estamos seguras de que esto también es parte de la educación que queremos para la niñez: queremos que puedan seguir confiando en el mundo adulto, queremos que sean considerados sujetos de derecho, queremos que gocen de salud integral. Estamos convencidas de que esto también es escuela.

Como maestras no nos afiliamos a la idea que contrapone pedagogía con cuidados. Creemos que cuidar a la infancia tiene que ver con una postura política y pedagógica que entiende que cada sujeto es un ser situado al que hay que entender y atender en su totalidad.

Laura Santillán explica esta falsa oposición entre pedagogía y cuidados, asignándole al cuidado un valor asistencialista, como un modo de nombrar a una cierta política de corte caritativo, más que humano. En sus palabras: *“La histórica tensión entre pedagogía y asistencialismo (...) asocia la noción de cuidado a la de asistencia y la contrapone a la función pedagógica de nivel”*¹.

Sin embargo creemos tal cual como afirma la misma autora que: *“El cuidado es aún un concepto invisible, pasado por alto y sobre el que falta una reflexión más profunda en las instituciones y los actores.”*² Nosotras agregamos que no sólo debemos hablar de cuidados en la primera infancia o en la tercera edad, creemos que cuidar de otros y otras es una postura ética irrenunciable de nuestra profesión.

¹ Santillán, Laura, 2017. Pág. 87.

² Op. Cit. Pág. 110

En la situación que describimos al comienzo no solo se vulneraron los Derechos de las niñas y el niño involucrados, sino que el desamparo había llegado a límites extremos: no tenían ningún *lugar* (Marc Augé) donde habitar, ya que su casa era un espacio de sufrimiento y dolor. Como lo hacemos con cada niña y niño que concurre a la escuela, el colectivo docente recurrió a todas sus redes para encontrar la manera de que los tres pudieran desarrollarse sana y felizmente.

Para eso, la institución desdibujó sus límites, expandiendo el tiempo y el espacio pedagógico. Fue así que fuimos escuela el día que terminamos nuestra jornada casi a medianoche luego de que las hermanas y su hermano estuvieran atendidos por una cuidadora en el hospital; así como también cada mañana pasándolos a buscar al hogar de INAU para ir a la escuela; o la tarde que les acompañamos en el juzgado o cuando fuimos a ver una obra de teatro durante las vacaciones.

Siendo una escuela cuyo faro es la infancia, no nos resultó tan complejo ponernos en acción ante la urgencia. No tuvimos que convencer a nadie para intervenir, todas supimos que esa era nuestra tarea. Ante el cuestionamiento, que nosotras mismas nos hacemos, de si realmente corresponde a una maestra (directora, comunitaria, de aula o de cualquier otra índole) tratar una situación de este tipo, no creemos que exista otra respuesta que la más humana: a cualquier persona corresponde cuidar la vida, proteger la infancia y actuar frente a la injusticia.

Traemos una cita de García Molina para finalizar este apartado:

*“La educación no se agota en este sentido útil del aprendizaje porque sólo sirve para vivir en el mundo y, a ser posible, vivir mejor. Y esto no se fabrica, no se mide, no se anticipa y, siendo un poco osados, tampoco se enseña, aunque pueda aprenderse.”*³

Centrar la escuela en las niñas y los niños

Esta experiencia no sucede de manera aislada, es parte de la praxis del colectivo docente que construye en la escuela un lugar a ser habitado por todas las personas que son parte de la comunidad educativa. Para eso, el colectivo docente apela a la construcción de la propuesta de

³ García Molina, José, 2003. Pág. 24.

esta institución educativa y busca crear una escuela pública para la comunidad desde la comunidad, una escuela donde haya lugar para todos, todas, cada uno y cada una.

La Escuela 178 del barrio Unidad Casavalle es una escuela parecida a muchas, y distinta a muchas. Desde hace unos años sus maestras ensayamos y experimentamos otras formas de enseñar, otras formas de hacer escuela, otras formas de praxis colectiva.

Partimos de la premisa de que todas y todos pueden aprender y de que la educación debe ser un Derecho Humano al que no debemos renunciar nunca, entonces la escuela debe ser ese lugar en donde el aprendizaje suceda. Para ello se piensan intervenciones acordes a las niñas y los niños, se vé a la escuela en situación, y así se opta por metodologías y formas que, dan el resultado que esperamos: el aprendizaje, porque creemos que es lo justo. Tomamos aquí palabras de Merieau:

La educación es la construcción obstinada e industriosa de situaciones de aprendizaje con prescripciones y recursos precisos y con reglas de juego que garanticen a todos la posibilidad de implicarse y de progresar. La educación consiste en organizar creativamente “instituciones para aprender con sus programas por supuesto, pero también con su espacio tiempo específico y los ritos estructurantes que sustentan el indispensable compromiso de cada alumno. Por eso decimos que la escuela no es ante todo un asunto de gestión o de administración. Es sobre todo y hasta en los menores detalles de su organización una cuestión de pedagogía.”⁴

Es así que un pilar de nuestro proyecto escolar es la alfabetización, partiendo de que no es sólo enseñar a leer y escribir, claro que no, pero cuán importante es saber leer y escribir para estar alfabetizado. Lo que ocurre es que la escuela, la institución más disciplinadora de la Modernidad, en pleno Siglo XXI a veces falla y es pasible de ser reinventada. Por lo cual se resuelven dejar atrás supuestos bastante drásticos como la repetición, la gradación, la maestra única, lo que se debe aprender en un año lectivo. En definitiva las formas y los tiempos pedagógicos.

⁴ Merieau, Phelippe. 2016. Pág. 152.

Hacemos lo que llamamos un trabajo de autoría docente, no buscamos una receta acabada, no queremos ningún protocolo de acción. Vamos creando y recreando, porque antes que nosotras hubo muchas otras experimentando en sus aulas y recogemos esas experiencias para nutrir la nuestra.

En este sentido entendemos la Escuela Pública y lo público como lo que pertenece a todas y todos, y defendemos además que debe tener un carácter popular, a sabiendas de que este es un concepto en disputa.

El valor de lo público y la lectura del “dolor ajeno”

¿Qué nos está diciendo gestualmente un funcionario público que, ante una situación extrema, despliega un listado de oficinas que atienden una vez por semana? ¿En qué dimensión de lo humano ubica su trabajo, su intención? ¿Cómo entiende la otredad?

Uno de los aprendizajes que nos deja esta experiencia indudablemente es que para resolver emergentes en general va a haber que salirse de lo formal y transgredir. No por una cuestión altruista, no estamos endiosando ni criticando a nadie. Hablamos de que las instituciones nos encorsetan y queda librado al campo de nuestra conciencia el qué hacer. Y cuando nos referimos a esto no es desde el lugar autocomplaciente del discurso de la vocación y el compromiso. Es desde un encuadre político de ejercicio justo de nuestras tareas. Justo para nosotros en tanto logramos desburocratizar el trabajo y ver más allá, y justo para quienes deben resolver ciertas situaciones, a veces extremas, que no les permiten ser. No debería haber tanta prosa en este tema: hablamos sencillamente de hacer lo que hay que hacer.

Esta experiencia en todo momento nos hizo pensar en las demás niñas y niños que pasando por situaciones similares, quizás hoy se encuentran en algún hogar de “puerta de entrada” en el que la transitoriedad son meses y años de vivir en no lugares. Es terrible por momentos percibir la forma en la que el Estado trata a la niñez en situación de vulnerabilidad.

También pensamos en aquellas maestras que solas desde su trabajo de aula no saben ni por dónde empezar a actuar ante situaciones de maltrato por no tener un sostén colectivo. Existen protocolos, pero pudimos percibir cómo los mismos hacen agua cuando el tiempo es limitado y la situación extrema.

Ahora bien, queremos reivindicar el hecho de que quienes trabajamos en el ámbito público debemos tener como eje la construcción y protección del bien común, y desde ese lugar construir una ética sustancialmente colectiva.

Una escuela que se construye con gestos

Como docentes, con diversas historias, formaciones y trayectorias, buscamos conformar un “nosotros” que no es la suma de individualidades, sino las voces que pronunciando su “yo” generan alternativas de aprendizaje colectivo, compartiendo un ethos común. Construimos una escuela donde la honestidad ética hace que el respeto y la solidaridad, no sean palabras vacías. Buscamos jerarquizar conceptos y revitalizar valores.

La forma escolar no tiene que ver solamente con lo administrativo y organizativo, sino que también tiene que ver con cómo nos relacionamos, cuál es la cultura escolar y cómo circula el poder. Entonces es importante evidenciar que la escuela no son sólo las palabras que se escriben sobre ella, sino también los gestos cotidianos con que se relacionan todas y todos los que somos parte de la comunidad educativa.

Esos gestos, tan mínimos, son los que día a día construyen la subjetividad de quienes transitamos la escuela. Pensar la escuela también implica pensar en cómo nos comunicamos con las otras personas que también son parte de la institución y la comunicación no es solamente palabra, es principalmente gesto. Es abrir la puerta, tender la mano y mirar a los ojos.

Una escuela para y desde la comunidad debe ser una escuela que tenga el gesto generoso y necesario de dar la palabra. Dar la palabra y la posibilidad de hacer uso de ella son dos realidades diferentes. Poder hacer uso de la palabra para decir y transmitir con precisión lo que quiero es

algo que se enseña y que debe ser enseñado. A hacer uso de la palabra para debatir, enfrentar razones, armar y desarmar argumentos también se aprende y se enseña. Enseñar a hacer uso de la palabra es también enseñar el valor del silencio, de la risa, a administrar el enojo, y también enseñar que no todos ni todas deben, necesariamente, opinar sobre todo.

Tener espacios para pensar, pensarse y pensarnos es un gesto que abre camino a la praxis. Para que la escuela haya actuado de tal manera frente a la situación crítica a la que nos referimos, fue necesario haber pensado, no en el momento de urgencia, sino con anterioridad. La línea de acción está dada por los acuerdos colectivos.

Pero no solo de pensar se encarga la escuela, sino también de abrazar. A las otras, a los otros. Como el gesto de cuidado, de contención, de cariño. Como una manera de comunicarnos, de encontrarnos, de mirarnos. El abrazo como un gesto político para una pedagogía del cuidado.

Bibliografía

García Molina, José. 2003. *Dar (la) la palabra*, Barcelona: Gedisa editorial.

Larrosa, Jorge. 2014. “Experiencia y alteridad en educación”. En: Larrosa, Jorge y Skliar, Carlos. *Experiencia y alteridad en educación*. Págs. 13 a 44. HomoSapiens Ediciones, Flacso.

Meirieu, Phelippe. 2016. *Recuperar la pedagogía: de los lugares comunes a conceptos claves*. Buenos Aires: Paidós.

Santillán, Laura. 2017. “¿Quiénes educan a los chicos? Una mirada desde la antropología sobre el cuidado, la enseñanza y la educación.” En: Redondo, Patricia. *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias*. Homo Sapiens Ediciones.

